

Presentación del libro “Letra y Música”, de Javier Almuzara

por Manuel Fernández de la Cera¹

Comprende este diario de Javier Almuzara desde el 25 de Noviembre de 1996 al 25 del mismo mes de 2000. Expresa el punto de vista del autor y sus valoraciones sobre temas para él significativos, cuando alcanza la treintena y, con ello, una madurez que, en lo sucesivo, podrá alcanzar mayor precisión, o pequeñas modificaciones, en este o aquel punto; pero que no es previsible que puedan ya cambiar sustancialmente. Si pudo decirse que veinte años no es nada, nadie se ha atrevido, hasta ahora, a sostener algo parecido de la edad de los treinta, cuando la vida y la obra de cada uno suele presentar unos rasgos ya decisivos para el futuro, máxime tratándose de la creación poética, de la que no suele decirse que lavante el vuelo tarde, como las lechuzas de Minerva.

Cada nuevo diario que se publica, vuelve a plantear la pregunta de porqué la literatura española, tan pobre tradicionalmente en este género, de pronto se enriquece con una gran proliferación de memorias y diarios., uno solo de los cuales, puede acabar siendo de mayor extensión que la suma de todos los anteriores escritos en castellano. No es, sin embargo, el aspecto cuantitativo -admirable en Andrés Trapiello- un rasgo llamativo en “Letra y Música” de Javier Almuzara. Muy al contrario, la lucha contra la retórica banal y la búsqueda de la expresividad con la mayor sobriedad o austeridad de lenguaje no son sino los mismos rasgos que ya caracterizan la anterior obra poética del autor de este diario. ¿Se ha enriquecido tanto la vida

¹ Nota: Presentación realizada por Manuel Fernández de la Cera, en el Club de Prensa, Oviedo, a 28 de Febrero de 2001.

cultural de los españoles, ha mejorado, en general, nuestra calidad de vida intelectual, de manera que se convierte en necesidad contar y leer lo que nos pasa? Tal vez, además de esto, se da un nuevo factor, no presente en nuestra vida colectiva tradicional: la necesidad de orientación, de ordenar los árboles para no perdernos en el bosque, que la gran cantidad de noticias culturales puede oscurecer. Sin duda, algunos de los diarios que hoy se publican tienen una dimensión de aclararse y aclararnos entre la multitud de estímulos que diariamente recibimos con una valoración casi caótica. En todo caso, si aceptáramos, con Goethe, que sólo merecen estimación las personas que escriben un diario, hoy no quedaría ya nuestra literatura desierta.

Yo creo que uno de los aspectos del mayor interés en este diario es que, aquí, está operando una estética que, con coherencia, nos muestra una perspectiva del mundo en el que ha vivido el autor en los últimos 4 años. Este diario es, ante todo, una perspectiva donde casi no aparece el “yo” como sustancia -perdónese la pedantería del profesor de filosofía-, sino sólo como un punto de vista, o “yo” trascendental.” El yo es siempre odioso”, según un clásico, y sólo dejó de serlo en algunos momentos históricos, como en el romanticismo, o en el 98, en ejemplos excepcionales, como Unamuno. Hoy nos suele parecer insoportable quien, sistemáticamente, coloca su “yo” en mitad del universo. Pero también se evita en este diario el defecto opuesto, que consiste en escribir de modo tan impersonalizado como si se tratara de un tratado de historia. Nos libera este diario de Javier Almuzara de la retórica vacua y del énfasis del “yo” romántico, comprometiéndose, en cambio, en los juicios y valoraciones de su entorno, de su mundo. Aunque resulte exagerada, no puede negarse una buena parte de razón a la actitud de Borges, de sentir como más personales los textos que verdaderamente nos gustan que los mismos que escribimos

nosotros. Con Borges podemos coincidir, como con un cura de Tineo que solía comenzar sus homilias con esta introducción: “Decía nuestro Sr Jesucristo, y en parte tenía razón..”.

Los autores que leemos y releemos desde la adolescencia influyen decisivamente al configurar nuestro gusto literario, e incluso nuestra personalidad. Uno de los rasgos significativos de este diario es el perfil de los autores citados que, si en una parte corresponden también a las preferencias de la misma generación que el autor, sobre todo corresponden a una clara vocación por la estética clásica de Javier Almuzara. La validez del método de las generaciones en la crítica es avalado, según García Martín, por su uso por parte de quienes lo denigran. ¿Quién puede negar, hoy, que entre Sócrates y los sofistas, o en la polémica entre los culteranos y conceptistas, se dan no menos rasgos comunes que cuantos los diferencian.. Un buen ejemplo de identidad generacional, en nuestro ámbito asturiano, es el de Don Valentín Andrés, el brillante académico creador de los estudios de economía en España y Alfonso Camín, el poeta bohemio y algo bronquista; ambos coetáneos de 1890. Como señalaba Ortega de Valentín Andrés, los dos autores asturianos se pasaron la vida “siempre dejando de ser algo”. La generación de Javier Almuzara es la “del 99”. Esta fecha cuadra perfectamente con la edad de nuestro autor, ya que coincide con los 30 años, edad en la que normalmente comienza la vigencia pública de una obra, según Ortega. Yo desconozco los motivos - que seguro que los hay- por los que García Martín eligió ese año precisamente como determinante de una generación. Recuerdo por qué Ortega señalaba 1917 como fecha de una generación: fué el año de la revolución rusa, de los comienzos del Jazz, de la gran huelga en Asturias, etc... Jose Luis Piquero señala algunos rasgos de una corriente poética dentro de esta generación: “rechazo de las vanguardias y de la

irracionalidad como elementos válidos en la concepción del poema, primando en cambio el sentido común y el dominio técnico; la sobriedad expresiva, el narrativismo y el tono coloquial”. Entre otros autores, cita a Lorenzo Oliván, Pelayo Fueyo, Juan Bonilla, Ester Morillas, Gallego, Sánchez Torre, Benítez Ariza, José Mateos, Javier Almuzara etc... Varios de estos rasgos se dan de un modo indudable en este diario. Por ejemplo, la sobriedad expresiva y el rechazo de la irracionalidad. Pero, además, es muy relevante el gusto por los clásicos, y, muy especialmente, la importancia para el autor de la música del siglo XVIII, como Mozart y Haendel. Este gusto por el clasicismo, en un escritor joven, es significativo, pues se trata de un entusiasmo que no se produce particularmente por ninguna de las 14 razones por las que Italo Calvino considera que debemos frecuentar los clásicos. La motivación última de Javier Almuzara figura en nota del 18 de Enero de 1998: “Sí, prefiero a los clásicos, pero no por ser los clásicos, sino por ser los que prefiero”.

Distinguía Max Scheler entre valores superiores, como los estéticos y otros valores inferiores, pragmáticos. Normalmente la mayoría de las personas empezamos por realizar, en nuestras vidas y obras, esos valores mostrencos, pragmáticos, garbanceros. Pero, excepcionalmente, hay personas que van derechos a los valores superiores, alcanzando una identificación con la estética clásica ya en plena juventud. En las obras del arquitecto alemán Frei Otto se realiza el sueño de alcanzar primero la cima de la obra y, después los niveles inferiores de la misma. La música es un buen ejemplo de las preferencias estéticas de Javier Almuzara. Es la trayectoria más frecuente entre los jóvenes comenzar a interesarse por el romanticismo musical para alcanzar, ya en la madurez, el gusto por la estética más clásica.

El autor de “Letra y Música” ha conseguido algo muy difícil, dejando en una elipse literaria las etapas intermedias: “no soporto el delirio romántico ni en el arte ni en la vida” (17 de Julio 2000).

Almuzara nos recuerda para estos días que la nieve es “lluvia en paracaídas”, y que “la nieve es la sal del frío”. Sin abusar de ellas, como acontece en algún otro diario, las greguerías son, también, como la sal de este libro, que incluye, a la vez, imágenes aladas y profundidades abisales. Algún poeta clásico señaló que solamente sabía escribir del amor y de la muerte. Un texto poético no banal no puede dejar de presentarnos el último de todos los horizontes, según la imagen clásica.

La mirada de los niños, desveladora de la realidad, y el horizonte último que limita la vida son como dos ámbitos fronterizos de este libro que, en su conjunto, podemos resumir con la imagen de una nota del 10 de Enero 1998: “Una estrella que se extinguió hace millones de años, que ya no es una estrella sino una huella de luz, cansada de viajar por el tiempo y el espacio, impide que la noche se desvanezca en medio de la noche”.